

# M U S I C A

EN 1947, Arturo Honegger aun ofrecía la imagen de un atleta. Su rostro poderoso recordaba el de Beethoven; su voz, muy dulce y tranquila lo volvía agradable y simpático y desde el primer encuentro se sentía la impresión de una fuerza confor- tante, de una seguridad apacible y contagiosa.

De una sencillez y modestia conmove- doras Honegger nunca sufrió ninguna vanidad. Era un hombre que irradiaba exteriormente encanto y salud. Con gusto, con amor, cultivaba su bello oficio cuyas cosechas fueron, Judith, el Rey David, Juana de Arco, Los Gritos del Mundo, la Sinfonía Litúrgica, Nicolás Le Flue y tantas otras.

Un día del mismo año de 1947, un súbito malestar le sorprendió por primera vez en el curso de un viaje a los Estados Unidos. Un extraño cansancio, un ahogo, que le parecieron anormales, lo forzaron a consultar inmediatamente al médico que comprobó un grave infarto del miocardio, complicado con embolia pulmonar y flebitis. La situación era tan alarmante que sus familiares y amigos veían con angustia un fin inminente.

Sin embargo, después de tres meses de reposo completo Honegger pudo volver a Francia, cancelando la gira que se proponía realizar en las dos Américas.

Desde este momento, todo esfuerzo provocaba en el enfermo una peligrosa aceleración del ritmo respiratorio. Este hombre, aún recientemente robusto, campeón en la natación y en el foot-ball, alpinista incansable, se transformó en poco tiempo en un fantasma friolento. Sus manos estaban heladas y su cuerpo flotaba en sus vestidos. Pronto, cada movimiento se le hacía difícil, doloroso, casi imposible. Sin embargo, salía frecuentemente, pues se decía que nada puede ser peor que esperar la muerte en su lecho o en un sillón.

Honegger tenía el deseo de distraerse, pero el corazón no tomaba ninguna parte en ésto. La enfermedad le tenía aislado de la multitud, con la cual no pudo compartir más ni sus alegrías, ni el gozo de la vida. Su espíritu, sin embargo, desprendía un maravilloso brillo hasta el último minuto, revelando la soberana grandeza de este hombre, el único de su época que supo conmover el corazón de la muchedumbre. La conciencia de haber creado obras bellas y buenas, le ayudaba a trasponer la última etapa.

Para la juventud, Honegger fué el único músico que encarnaba el futuro. En su obra áspera, nerviosa, estremeciente, ella se reconocía y entraba en contacto con la música de su tiempo. Por esta razón

## HOMENAJE

a

## ARTURO HONEGGER

Por *Sophia CHEINER*



ARTURO HONEGGER

Honegger estaba tan cerca del corazón de los jóvenes. Y aún, porque él amaba y apartaba en su música un lugar a los que representaban la grandeza de nuestro tiempo: a Claudel, a Valéry, Apollinaire, Cendrars, Ramuz, Giono, Coc-

teau, R. Rolland, etc. A través de ellos, expresaba este romanticismo tumultuoso que se funda en una especie de unanimismo exacerbado.

Verdadero artista, Honegger se parecía a un árbol cuyas raíces, sólidamente afianzadas a la tradición, tienen ramas tendidas hacia todas las direcciones del cielo.

La emoción que su muerte ha suscitado en todas partes demuestra la estimación que se le tenía. Su música se imponía por su fuerza natural, por sus amplios dibujos melódicos, por sus ritmos de contraste, por la disonancia de sus acordes y por los rasgos característicos de su estilo. Para satisfacer sus gustos, dice Ernesto Ansfermet, Honegger no tenía necesidad de violar las leyes naturales del lenguaje musical. (Todas sus audacias melódicas se quedan en la esfera de las relaciones tonales.

Honegger es de los que quedan para siempre presentes en sus obras por su sinceridad. Nada salió de su pluma que no fuera manifestación de su alma toda. Su fecundidad, su poder creador, parecían tanto más grandes, porque en cada una de sus partituras, se renovaba sin perder nunca su originalidad habitual. Pocas veces un artista se ha dado tan íntegramente y con tal generosidad. En los momentos necesarios, su música descubre esta efusión espontánea que nada afecta la solidez de la obra.

Su ascendencia helvética y su cultura francesa crean una dualidad que explica la firmeza y la amplitud de sus creaciones. Con todo esto, nada obscurece sus expresiones; por el contrario, la idea directora de la obra se clasifica en el curso de su desarrollo, dilatándose. La cualidad de las ideas honeggerianas y su originalidad es lo que determina la perfección formal, lo que vuelve legítima su audacia. Para la joven generación, el caso de Honegger, es el más alto ejemplo de la conciencia pura, exenta de compromiso, toda verdadero amor para su Arte.



El grupo de los seis